

El inicio del siglo XX latinoamericano da paso a cierta reacción antipositivista que no se produce de manera uniforme en todos los países del área. En Cuba esa oleada no tiene la misma magnitud que en México, Perú, Argentina y Uruguay. En algunos países como República Dominicana la huella positivista se dejará sentir en muchas esferas de la vida intelectual y no sólo en el espacio filosófico, hasta muy avanzado el siglo XX. Algo similar sucede en Cuba, donde cierto positivismo *sui generis* se aprecia hasta las dos primeras décadas del siglo XX en la educación, el derecho, las ciencias sociales, la interpretación de algunos avances de las ciencias naturales, la literatura, etc.

Aunque es lógico que el viraje en la vida política cubana a partir del 98 fuera trascendente, y apareciera manifestaciones de escepticismo y pesimismo en algunos pensadores notables como Enrique José Varona, no es sostenible pensar que «se produjeran de inmediato cambios sustanciales en cuanto a las ideas filosóficas predominantes del último cuarto del siglo anterior»<sup>6</sup>, como sugiere Joaquín Santana.

El predominio de una corriente filosófica en una época, por supuesto que está condicionado siempre por las transformaciones económicas y políticas existentes, pero jamás guarda similitud alguna con una caja de resonancia. Del mismo modo que los cambios que se producen en un país o en el mundo y que aparentan surtir efecto exclusivo a partir de una fecha específica, como puede ser 1789 o 1917, y en este caso 1898. En verdad las modificaciones que operan en el devenir de las ideas filosóficas no están, por suerte, impulsadas por almanaques.

Mucho antes de que se produzcan los grandes acontecimientos históricos, se van gestando las ideas filosóficas y ellas mismas se convierten en factores que coadyuvan a catalizarlos. En otros casos pueden aletargarse y reaccionar ante la fuerza de los hechos, pero sin que se produzcan en sus tendencias y rasgos cambios significativos.

Algunos representantes del pensamiento filosófico cubano se habían percatado mucho antes de que se produjese la intromisión yanqui en los asuntos cubanos, del significado de lo que se convertiría en un hecho, mas eso no justifica que una vez ocurrido hubiesen cambiado todo el andamiaje de su compleja concepción filosófica.

Una de las figuras más significativas de esa época fue Enrique José Varona, quien en el plano ideológico osciló entre el liberalismo, el reformismo,

<sup>6</sup> Santana, J.: «Las ideas en Cuba al cese del dominio colonial. Una aproximación crítica» en Nuestra historia común. Cuba-España. En torno al 98, Editorial Ciencias Sociales, Centro Cultural de España en La Habana, La Habana, 1997, p. 77.

el autonomismo, el independentismo, el conservadurismo y al final de su vida tuvo posiciones mucho más de izquierda. Tales cambios ideológicos pueden demarcarse con mayor o menor precisión. Pero no se puede pensar que cada uno de ellos se correspondiera con un cambio en su concepción filosófica del mundo, que indudablemente siempre posee un contenido de mayor magnitud.

Varona viajó a los Estados Unidos a solicitud de Martí para colaborar en la edición del periódico *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano. Las muertes de Martí y Maceo lo afectaron considerablemente. Al comprobar que existía un equilibrio insuperable entre las fuerzas cubanas y españolas en la guerra, consideró que era necesaria la intervención norteamericana, por eso en 1900 planteaba: «Lejos de creer yo, como muchos hombres prominentes de la Revolución, que la intervención norteamericana ha sido una sorpresa, la he considerado siempre como un resultado inevitable de todos los antecedentes de la situación en que nos encontrábamos en la primavera del año 98. Los Estados Unidos desde que llegaron a la boca del Misissippi, han considerado la cuestión cubana casi como un asunto doméstico y su diplomacia ha procedido en consecuencia con alguna oposición a veces, las más con el asentimiento de las potencias europeas: y sin que España pudiera, aunque bien hubiera querido, resistir a esa presión permanente (...). La intervención vino porque tenía que venir, porque estaba anunciada desde la época de Grant, cuando del gabinete de Washington declaró que no podía consentir a sus puertas un país en insurrección permanente. Y sólo hubiera dejado de venir en la forma material de la ocupación militar, si los cubanos hubiéramos tenido fuerza bastante para vencer a España y expulsarla de nuestro territorio, o España previsión bastante para pactar a tiempo con los cubanos. No ocurrió ni lo uno ni lo otro; y los Estados Unidos intervinieron con sus fuerzas de mar y tierra; y a su intervención se debe que la furia española y la desesperación cubana no hayan convertido a Cuba en yermo sembrado de escombros y cadáveres. Los Estados Unidos han salvado a Cuba para la civilización y la humanidad...»<sup>8</sup>.

Estos fueron los criterios iniciales del destacado pensador, los cuales fueron modificados paulatinamente una vez que experimentó los reales móviles norteamericanos que le indujeron a intervenir en la guerra. Varona, incluso, colaboró con el gobierno norteamericano durante los días de la pri-

<sup>7</sup> Véase: Guadarrama, P. y Dussel, E.: El pensamiento filosófico de Varona, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986*.

<sup>8</sup> Varona, E. J.: De la Colonia a la República, *Cuba Contemporánea, 1919*, pp. 205-206.

mera intervención, dada su convicción de que los cubanos debían demostrar cuanto antes que eran capaces de autogobernarse. Pero la prepotencia yanqui acuñada bajo la forma de la Enmienda Platt —que permitía la «legal» intromisión norteamericana en la política cubana—, entre otros elementos, le hicieron paulatinamente cambiar de opinión.

Finalmente se convenció de que no bastaba demostrar a los norteamericanos que los cubanos eran laboriosos y suficientemente cultos para autogobernarse, pues los intereses monopólicos norteamericanos necesitaban tanto en Cuba como en todas partes, que les abrieran puertas y no precisamente para pasar, sino para quedarse.

Varona había forjado su ideología en el liberalismo decimonónico opuesto a cualquier tipo de monopolio. A su juicio, «monopolizar el saber resulta tan perjudicial como monopolizar las utilidades»<sup>9</sup> y por eso a los pocos años de la penetración norteamericana en la economía de la isla se lamentaba: «En Cuba florece el monopolio con la misma pujanza con que arraiga la yerba mala en sus campos»<sup>10</sup>.

La mayor parte de la intelectualidad progresista cubana de principios de siglo vio frustradas sus aspiraciones liberales con la penetración de los capitales norteamericanos en la economía cubana, pues su ideal consistía en que se desarrollara una burguesía nacional fuerte e independiente que posibilitase fuente de trabajo a grandes sectores populares y que se desarrollase la pequeña propiedad agraria con una amplia población campesina. Ni lo uno ni lo otro fue posible y el pesimismo proliferó.

Esas fueron algunas de las razones que motivaron en 1903 a Manuel Sanguily a criticar la venta de tierra a los extranjeros, que por supuesto eran en su mayoría norteamericanos. Pero las razones de su preocupación no se circunscribían a la cuestión económica, sino a las consecuencias mucho más negativas que podía traer aparejadas la penetración cultural norteamericana, esto es, la afectación del desarrollo de la nacionalidad cubana. Por ese motivo expresaba: «Al paso que se desenvuelve esta verdadera revolución económica a que seguirán consiguientemente una revolución social y una revolución política, esto es, la transformación de la riqueza territorial con el traspaso de su propiedad, y por ende, la influencia inevitable de los poderosos extranjeros en la vida diaria, en el desgaste, en el descrédito y la adulteración de nuestro idioma, y, al cabo, en la legislación y la suerte definitiva del país cubano, muy pronto nos suscitaría problemas o complicaciones formidables, ante los cuales serían inútiles los lamentos, aunque no sería

<sup>9</sup> Varona, E. J.: Cuba contemporánea, *La Habana*, 1919, T. XXI, n. 54, p. 332.

<sup>10</sup> Varona, E. J.: Con el eslabón, *Editorial El Arte*, Manzanillo, 1927, p. 200.

menos positiva y dolorosa nuestra impotencia para resolverlos como exige la preservación de nuestra nacionalidad»<sup>11</sup>.

Una de las mayores preocupaciones de estos dignos representantes de la intelectualidad cubana de la época era salvar la cultura y la identidad cubanas frente al coloso norteamericano. Por una parte, sabían que los lazos de dependencia económica conducirían a Cuba a un *status* similar o peor al que había mantenido durante la época colonial. Sanguily consideraba que la isla volvería a una situación respecto al comercio, similar a la que tenía con España durante el siglo XVIII<sup>12</sup>. Y estableciendo una comparación entre la posibilidad de haber sido colonia de Estados Unidos o de España, preferían haberlo sido de esta última por varias razones.

Según Sanguily: «Y bien miradas las circunstancias, a Cuba le fue más ventajoso en el pasado haber sido colonia española, que le sería en adelante o alguna vez el ser dependencia de Estados Unidos porque España estaba muy lejos; porque era muy pobre; porque relativamente era también muy débil y porque al fin era la raza genitora (...). Con España por otro lado nunca podíamos dejar de ser cubanos y de sentir y de pensar en nuestra común lengua castellana, lo que significa que, antes de degenerar y decaer, nos era dado siempre cultivar nuestra propia mentalidad y alimentar un ideal castizo de reformación o de futura vida nacional. Bajo los americanos, como término definitivo, seríamos indefectiblemente «absorbidos»: iríamos desapareciendo, pronto o despacio, por la proximidad de su inmenso país, por su número abrumador, por inundación asfixiante de su gente, por el gobierno suyo que a ella por fuerza la favorecería y no a nosotros, por el dinero inagotable y sin entrañas, por la mayor fortaleza, por la imposición de su idioma como lengua oficial; y toda esta perspectiva sería muy hermosa para la humanidad, aunque yo no lo sé; pero es muy triste, es funesta y por lo mismo odiosa para los cubanos; por lo que yo hago votos porque eso nunca llegue a suceder»<sup>13</sup>.

Estaba muy claro Sanguily cuando formulaba tales posibilidades que se convirtieron en realidad en el caso de Puerto Rico. El hecho de que no pudiese cristalizar en el caso cubano la colonización total, como era la mayor ambición de los gobernantes norteamericanos y la oligarquía yanqui, se debe entre otros factores, al papel desarrollado por una vanguardia política revolucionaria que supo asumir dignas posturas independentistas

<sup>11</sup> Sanguily, M.: «Contra la venta de tierra a los extranjeros», en *Pensamiento Revolucionario Cubano, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 260.*

<sup>12</sup> Sanguily, M.: *Idem, p. 256.*

<sup>13</sup> Sanguily, M.: «Carta a los estudiantes de Kansas» (marzo 6 de 1907), en *Antimperialismo y república, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1970, pp. 147-148.*